

¿Quién ha soñado alguna vez que se ha convertido en un asesino y que vive su vida acostumbrada sólo formalmente? Entonces, en el tiempo que aún perdura, Gregor Keuschnig vivía en París desde hacía unos meses como agregado de prensa de la embajada austríaca. Ocupaba con su mujer y su hija de cuatro años, Agnes, un apartamento en el distrito XVI. La casa, una casa burguesa francesa de los años 1900, con un balcón de piedra en el segundo piso y otro de hierro forjado en el quinto, se alzaba junto a otros edificios parecidos en un bulevar tranquilo, que descendía hacia la Porte d'Auteuil, una de las salidas al oeste de la ciudad. Durante el día, cada cinco minutos más o menos, los vasos y los platos del aparador del comedor tintineaban cuando pasaba por la hondonada junto al bulevar el tren que llevaba a los viajeros de cercanías a la estación de St-Lazare, en el centro de la ciudad, donde podían cambiar, por ejemplo, a los trenes con dirección noroeste, hacia el océano Atlántico, hacia Deauville o Le Havre. (Algunos de los habitantes ya mayores de este barrio, en el que hace cien años crecían los viñedos, viajaban así, en los fines de semana, con sus perros a la costa.) Por la no-

---

che, sin embargo, cuando después de las nueve dejaban de circular los trenes, el bulevar estaba tan silencioso que, en el ligero viento que a menudo corría, se oía el murmullo de las hojas de los plátanos delante de las ventanas. En una de esas noches, a finales de julio, Gregor Keuschnig tuvo un largo sueño, que comenzó con que había matado a alguien.

De golpe, ya no formaba parte del conjunto. Intentaba cambiar, como lo intenta el que busca un nuevo empleo en los anuncios; pero para no ser descubierto tenía que vivir como hasta entonces y, sobre todo, seguir siendo él mismo. De este modo ya había simulación cuando se sentaba como siempre a comer con otros; y si de pronto hablaba tanto de sí mismo, de su vida «anterior», sólo lo hacía para distraer la atención de su persona. Qué deshonra para mis padres, pensaba, mientras la víctima, una mujer anciana, yacía en una caja de madera someramente enterrada; ¡un asesino en la familia! Pero lo que más le angustiaba era que, habiéndose convertido en otro, tenía que hacer como si perteneciera al mundo normal. El sueño terminó con que un transeúnte abría la caja de madera, que entretanto se hallaba conspicuamente delante de su casa.

Keuschnig solía acostarse en un lugar apartado y dormir cuando había algo que no soportaba. Esa noche sucedió al revés: el sueño

era tan insoportable que se despertó. Pero estar despierto era tan imposible como dormir – aunque más ridículo, más aburrido: como si ya hubiera empezado un castigo interminable. Había sucedido algo que no podía ya remediar. Cruzó las manos detrás de la cabeza, pero esta costumbre no reconstruyó nada. Calma absoluta delante de la ventana de su dormitorio; cuando al cabo de un rato se movió una rama del árbol de hoja perenne del patio, Keuschnig tuvo la sensación de que no la movía un golpe de viento, sino la tensión acumulada en la misma rama. Pensó que sobre su piso, que estaba al nivel de la calle, se levantaban otros seis pisos, uno sobre otro, repletos de muebles pesados, seguramente armarios barnizados de oscuro. No retiró las manos de debajo de su nuca, sólo infló los carrillos como para protegerse. Intentó imaginar lo que sucedería ahora. Se enroscó e intentó dormir. Pero a diferencia de otras veces, dormir no era ya una posibilidad. Se levantó insensible cuando, hacia las seis, con el primer tren, tintineó por fin el vaso de agua sobre la mesita de noche.

El piso de Keuschnig era grande y laberíntico. Sus habitantes podían moverse en él por caminos diferentes y de pronto encontrarse. El pasillo, muy largo, parecía terminar delante de una pared – pero continuaba, después de doblar una esquina (de modo que uno se preguntaba si seguía en el mismo piso), hasta la

habitación de atrás, donde su mujer a veces estudiaba francés para sus clases en un centro audiovisual y donde se quedaba a dormir cuando, como ella decía, le resultaba por cansancio demasiado siniestro hacer el camino por el pasillo doblando esquinas. El piso era tan intrincado que a menudo había que llamar a la niña, aun a sabiendas de que no podía perderse: «¿Dónde estás?». A la habitación de la niña se entraba por tres sitios: por el pasillo, por el cuarto de atrás, que su mujer llamaba «su cuarto de trabajo», y por el «dormitorio de los padres», como decían únicamente las visitas. En la parte delantera se encontraban el comedor y la cocina, con la «entrada de servicio» – ellos no tenían servicio – y un aseo de servicio (curiosamente con el pestillo en la parte exterior de la puerta), y, ya en la parte que daba a la calle, los salones que su mujer llamaba el living, mientras que en el contrato de alquiler uno de los salones figuraba como «biblioteca», porque tenía un nicho en la pared. La pequeña antesala, que conducía directamente a la calle, se titulaba en el contrato «antichambre». El piso costaba tres mil francos al mes; una francesa ya de edad, cuyo marido había tenido propiedades en Indochina, vivía de esa renta. El Ministerio de Asuntos Exteriores austríaco pagaba dos tercios del alquiler.

Keuschnig contemplaba a su mujer dormida por la puerta entreabierta del cuarto de atrás. Deseaba que al despertar le preguntara

inmediatamente qué estaba pensando. Él contestaría: «Pienso cómo podría borrarte de mi vida». De pronto deseó no volver a saber nada de ella. Que se la llevaran. Ella tenía los ojos cerrados; los párpados arrugados empezaron a tensarse. Eso significaba que se estaba despertando. Su tripa hizo unos ruidos; griterío de dos gorriones en la ventana, la respuesta de siempre en un tono más alto. En el ruido ciudadano, que durante toda la noche había sido sólo un rumor, se distinguían ya los sonidos: había tanto tráfico que se oían frenos, bocinas. Su mujer todavía llevaba puestos los auriculares, mientras en el gramófono daba vueltas el disco del curso acelerado de idiomas. Keuschnig apagó el aparato y ella abrió los ojos. Con los ojos abiertos parecía más joven. Se llamaba Stefanie, y ayer aún le había emocionado, al menos de vez en cuando. ¿Por qué no se daba ella cuenta de nada? «Ya estás vestido», dijo quitándose los auriculares. En ese momento todo, todo. ¿Dónde empezar? Alguna otra vez Keuschnig había apretado el pulgar contra el cartílago de la garganta de su mujer, pero no como una amenaza, sino como un contacto entre otros muchos. Cuando esté muerta, volveré a sentir algo por ella, pensó. Se había quedado quieto y derecho, volvió la cabeza de perfil como en la foto de un álbum de criminales y dijo, como si repitiera cosas dichas muchas veces: «No significas nada para mí. No quiero seguir imaginando que envejeceré contigo. No tienes nada que ver conmigo». «Rima», dijo ella.

Sí, se dio cuenta demasiado tarde de que las dos últimas frases rimaban – y así no podían tomarse en serio. Ella ya preguntaba con los ojos cerrados: «¿Qué tiempo hace hoy?». Él respondió, sin asomarse al exterior: «Nubes muy altas». Ella sonrió y volvió a dormirse. Me voy con las manos vacías, pensó Keuschnig. ¡Insólito! Todo lo que hacía aquella mañana le parecía insólito.